

La augusta soledad que la amargura  
Tal vez del alma combatida templa:  
De la pasión el goce turbulento,  
Siguiendo atropellado á la esperanza,  
Ligero tamo que arrebatada el viento  
Y despeñado á su ilusión se lanza:  
El aplauso del mundo y la tormenta,  
Y el afán y el horrisono vaivén,  
El noble orgullo y la ambición sangrienta  
De nombre avara y de esplendente prez:  
Del tronante cañón el estampido,  
El lujo y el furor de la batalla,  
Del corazón el bélico latido,  
Que hace que hierva la abrasante malla:  
El oro que famélico codicia  
El hombre, y en montones lo atesora,  
Alimento infernal de la avaricia,  
Que hambre más siente cuanto más devora:  
La crápula, el escándalo y mareo  
De en vicios rica, estrepitosa orgía,  
El pudor resistiéndose al deseo,  
Y mezclándose el vino en la porfia:  
La alegre danza en movimiento blanco,  
Que orna voluptuosa liviandad,  
Al goce, al apetito convidando  
Con sus mórbidas formas la beldad:  
Cuanto fingió é imaginó la mente,  
Cuanto del hombre la ilusión alcanza,  
Cuanto creara la ansiedad demente,  
Cuanto acaricia en sueños la esperanza;  
La radiante visión maravillosa  
Brinda con mano pródiga en montón,  
Y en óptica ilusoria y prodigiosa  
Pasar el viejo ante sus ojos vió.  
Y entre aplausos, y músicas, y estruendo,  
Y de ella en pos la humanidad entera,

Y en torno de ella armónica volviendo  
En giro eterno la argentada esfera:  
Suenan voces y cánticos sonoros  
Que el aire en ecos derramados hienden,  
Y ángeles mil en matizados coros  
El aire rasgan y en fulgor lo encienden.  
Y una voz como ráfaga de viento,  
Palpitando de vida y de armonía  
Sobre el vario, magnífico concento,  
Así cantando resonar se oía:  
Salve, llama creadora del mundo,  
Lengua ardiente de eterno saber;  
Puro germen, principio fecundo  
Que encadenas la muerte á tus piés.  
Tú la inerte materia espoleas,  
Tú la ordenas juntarse y vivir,  
Tú su lodo modelas y creas  
Miles seres de formas sin fin.  
Desbarata tus obras en vano  
Vencedora la muerte tal vez,  
De sus restos levanta tu mano  
Nuevas obras triunfante otra vez.  
Tú la hoguera del sol alimentas,  
Tú revistes los cielos de azul,  
Tú la luna en las sombras argentadas,  
Tú coronas la aurora de luz.  
Gratos ecos al bosque sombrío,  
Verde pompa á los árboles das,  
Melancólica música al río,  
Ronco grito á las olas del mar.  
Tú el aroma en las flores exhalas,  
En los valles suspiras de amor,  
Tú murmuras del aura en las alas,  
En el Bóreas retumba tu voz.  
Tú derramas el oro en la tierra  
En arroyos de hirviente metal,



Tú abrillantas la perla que encierra  
En su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,  
Negro manto que agita Aquilón,  
Con tu aliento los aires enciendes,  
Tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,  
Manantial sempiterno de bien,  
Luz del mismo Hacedor desprendida,  
Juventud y hermosura es tu sér.

Tú en fuerza secreta que el mundo  
En sus ejes impulsa á rodar,  
Sentimiento armonioso y profundo  
De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan  
Incansables artifices son,  
Del espíritu ardiente cincelan  
Y embellecen la estrecha prisión.

Tú en violento, veloz torbellino  
Los empujas enérgica, y van:  
Y adelante en tu rauda camino  
A otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,  
Desparecen y llegan sin fin  
Y en su eterno trabajo se alcanzan,  
Y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean  
En tu inmenso taller sin cesar  
Y en la tosca materia golpean,  
Y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo oceano  
Flota el hombre en perpétuo vaivén,  
Y derrama abundante tu mano  
La creadora semilla en su sér.

Hombre débil, levanta la frente,  
Pon tu labio en su eterno raudal,

Tú serás como el sol en Oriente,  
Tú serás como el mundo inmortal.

Calló la voz, y el armonioso coro  
Y el estruendo y la música siguió,  
Y repitiendo el cántico sonoro,  
Turbas inmensas pasan en montón.

Sus alas lanzan luminosa estela,  
Como la nave en la serena mar,  
Y entre su viva luz la luz riëla  
Más pura la imagen inmortal.

Cruzando va cual fulgurante tromba  
Su cortejo magnífico en redor,  
Y el viento rompe cual lanzada bomba  
Sobre otros soles desprendido sol.

Atónito la faz alza el anciano,  
Como el que vuelve en sí en el ataúd,  
Con ansia, angustia y con delirio insano,  
Aire buscando y anhelando luz.

Que en el regazo del no ser dormido,  
El alto estruendo en su estupor sintió,  
El intrépido canto hirió su oído,  
Y súbito sus nervios sacudió.

Y el yerto brazo de la sombra fría  
Que vierte al corazón hielo mortal,  
Aparta con afán en su agonía,  
Volar ansiando á la gentil deidad.

Y entrambos brazos con anhelo tiende,  
Atento el canto animador escucha,  
De la visión de muerte se desprende,  
Y por moverse y levantarse lucha.

Los ojos abre al resplandor inciertos,  
La luz buscando que su luz excita;  
Sienten grato calor sus miembros muertos,  
Con nuevo ardor su corazón palpita.

La sangre hierve en las hinchadas venas,



Siente volver los juveniles bríos,  
Y ahuyentan de su frente albas serenas  
Los pensamientos de la edad sombríos.

Y desprendidas ráfagas de lumbre  
Su cuerpo bañan y su sien circundan;  
Torrentes mil de la argentada cumbre,  
Vertiendo vida, en su esplendor la inundan.

Y bajando la diosa encantadora,  
Mecida en olas de encendido viento,  
En torno de él la tropa voladora  
Esparce juventud y movimiento.

Y su rostro se pinta de hermosura,  
Viste su corazón la fortaleza,  
Brilla en su frente juvenil tersura,  
Negros rizos coronan su cabeza.

El alma en su mirar se trasparente,  
Mirar sereno, vivido y ardiente,  
Y su robusta máquina alimenta  
La eterna llama que en el pecho siente.

Contra su seno la deidad le abraza,  
Y en su velo le envuelve y le ilumina,  
Y á su ruina y su destino enlaza  
El destino del mundo y su ruina.

Tú los siglos hollarás,  
Sonó la voz de la altura,  
Pasar los hombres verás,  
Del mundo la edad futura  
Como el mundo correrás.

El sol que hoy nace en Oriente  
Y que ilumina tu frente,  
Pasarán edades cien,  
Y cual hoy resplandeciente  
La iluminará también.

El crudo invierno sombrío  
Del pintado abril las flores,

Las galas del bosque umbrío,  
Los rigurosos calores  
De los meses del estío

Pasarán, y contarás  
Hora á hora y mes á mes,  
Y un año y otro verás,  
Y un siglo y otro después,  
Sin que se acabe jamás.

Y eternamente bogando,  
Y navegando contino,  
Sin hallar descanso, andando  
Irás siempre, caminando,  
Sin acabar tu camino.

Y los siglos girarán  
En perpétuo movimiento,  
Las naciones morirán,  
Y se escuchará tu acento  
En los siglos que vendrán.

Pero si acaso algún día  
Lloras tal vez tu orfandad,  
Y al cielo clamas piedad,  
Y en lastimosa agonía  
Maldices tu eternidad,

Acuérdate que tú fuiste  
El que fijó tu destino,  
Que ser inmortal pediste,  
Y arrojarte al torbellino  
De las edades quisiste.

Y que el mundo te dará  
Cuanto el mundo en sí contiene,  
Que tuyo el mundo será,  
Y ya para tí previene  
Cuanto ha tenido y tendrá.

En tanto el luciente coro  
Repitó luego el cantar,



Y remontándose al cielo,  
La luz plegándose va  
Entre nubes de oro y nácar  
Que esconden á la deidad,  
Y las voces en los aires  
Perdidas se escuchan ya  
Allá en lejana armonía  
Como un eco resonar:  
«Y que el mundo te dará  
Cuanto el mundo en sí contiene,  
Que tuyo el mundo será,  
Y ya para tí previene  
Cuanto ha tenido y tendrá.»

Dicha es soñar cuando despierto sueña  
El corazón del hombre su esperanza,  
Su mente halaga la ilusión risueña,  
Y el bien presente al venidero alcanza:  
Y tras la aérea y luminosa enseña  
Del entusiasmo, el ánimo se lanza  
Bajo un cielo de luz y de colores,  
Campos pintando de fragantes flores.  
Dicha es soñar, porque la vida es sueño,  
Lo que fingió tal vez la fantasía,  
Cuando embriagada en lánguido beleño  
A las regiones del placer nos guía:  
Dicha es soñar, y el riguroso ceño  
No ver jamás de la verdad impía:  
Dicha es soñar y en el mundano ruido  
Vivir soñando y existir dormido.  
Y un sueño á la verdad pasa la vida,  
Sueño al principio de dorada lumbre,  
Senda de flores mil, fácil subida  
Que á un monte lleva de lozana cumbre;  
Después vereda áspera y torcida,  
Monte de insuperable pesadumbre,

Donde cansada de una en otra breña,  
Llora la vida y lo pasado sueña.  
Sueños son los deleites, los amores,  
La juventud, la gloria y la hermosura;  
Sueños las dichas son, sueños las flores,  
La esperanza, el dolor, la desventura:  
Triunfos, caídas, bienes y rigores  
El sueño son que hasta la muerte dura,  
Y en incierto y continuo movimiento  
Agita al ambicioso pensamiento.  
Siento no sea nuevo lo que digo,  
Que el tema es viejo y la palabra rancia,  
Y es trillado sendero el que ahora sigo,  
Y caminar por él ya es arrogancia.  
En la mente, lector, se abre un postigo,  
Sale una idea y el licor escancia  
Que brota el labio y que la pluma vierte,  
Y en palabras y frases se convierte.  
*Nihil novum sub sole*, dijo el sabio,  
*Nada hay nuevo en el mundo*: harto lo siento.  
Que, como dicen vulgarmente, rabio  
Yo por probar un nuevo sentimiento:  
Palabras nuevas pronunciar mi labio,  
Renovado sentir mi pensamiento,  
Ansio, y girando en dulce desvarío,  
Ver nuevo siempre el mundo en torno mío.  
Uniforme, monótono y cansado  
Es sin duda este mundo en que vivimos;  
En Oriente de rayos coronado,  
El sol que vemos hoy, ayer lo vimos:  
De flores vuelve á engalanarse el prado,  
Vuelve el Otoño pródigo en racimos,  
Y tras los hielos de Invierno frío,  
Coronado de espigas el Estío.  
¿Y no habré yo de repetirme á veces,  
Decir también lo que otros ya dijeron,



A mí á quien quedan ya sólo las heces  
Del rico manantial en que bebieron?  
¿Qué habré yo de decir que ya con creces  
No hayan dicho tal vez los que murieron,  
Byron y Calderón, Shakspeare, Cervantes,  
Y tantos otros que vivieron antes?  
¿Y aun asimismo acertaré á decirlo?  
¿Saldré de tanto enredo en que me he puesto?  
¿Ya que en mi cuento entré podré seguirlo,  
Y el término tocar que me he propuesto?  
Y aunque en mi empeño logre concluirlo,  
¿A tí no te será nunca molesto,  
¡Oh caro comprador! que con zozobra  
Imploro en mi favor, comprar mi obra?  
Nada ménos te ofrezco que un poema  
Con lances raros y revuelto asunto,  
De nuestro mundo y sociedad emblema,  
Que hemos de recorrer punto por punto:  
Si logro yo desenvolver mi tema,  
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto  
De la vida del hombre y la quimera  
Trás de que va la humanidad entera.  
Batallas, tempestades, amorios,  
Por mar y tierra, lances, descripciones  
De campos y ciudades, desafíos,  
Y el desastre y furor de las pasiones;  
Goces, dichas, aciertos, desvarios,  
Con algunas morales reflexiones  
Acerca de la vida y de la muerte  
De mi propia cosecha, que es mi fuerte.  
En varias formas, con diverso estilo,  
En diferentes géneros, calzando  
Ora el coturno trágico de Esquilo,  
Ora la trompa épica sonando:  
Ora cantando plácido y tranquilo,  
Ora en trivial lenguaje, ora burlando

Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,  
Y allá van versos donde va mi gusto.

Verás, lector, á nuestro humilde anciano,  
Que inmortal de su lecho se levanta,  
Lanzarse al mundo de su dicha ufano,  
Rico de la esperanza que le encanta:  
Verás luego también... pero ¿á qué en vano  
Me canso en ofrecerte empresa tanta,  
Si hasta que el uno al otro nos cansemos,  
Tú y yo en campaña caminando iremos?

Más vale prometerte poco ahora,  
Y algo después cumplirte, lector mío,  
No empiece yo con voz atronadora,  
Y luego acabe desmayado y frío:  
No una altiva columna vencedora  
Que jamás rinda con su planta, impío,  
El tiempo destructor, alzar intento;  
Yo con pasar mi tiempo me contento.

No es dado á todos alcanzar la gloria  
De alzar un monumento suntuoso,  
Que eternice á los siglos la memoria  
De algún hecho pasado grandioso:  
Quédele tanto al que escribió la historia  
De nuestro pueblo, al escritor lujoso,  
Al conde que del público tesoro  
Se alzó á sí mismo un monumento de oro.

Al que supo, erigiendo un monumento  
(Que tal le llama en su modestia suma) (1)  
Premio dar á su gran merecimiento,  
Y en pluma de oro convertír su pluma,  
Al ilustre asturiano, al gran talento,

---

(1) En una de las sesiones de esta última legislatura tuvo el egregio conde la llaneza de decir que había erigido á la gloria de su patria un monumento en su Historia de la Revolución de 1808.



Flor de la historia y de la hacienda espuma;  
Al necio audaz de corazón de cieno,  
A quien llaman el CONDE DE TORENO.

¡Oh gloria! ¡oh gloria! ¡lisonjero engaño  
Que á tanta gente honrada precipitas!

Tú al mercader pacífico, en extraño  
Guerrero truecas, y á lidiar le excitas;  
Su rostro vuelves bigotudo, uraño,  
Con entusiasmo militar le agitas,  
Y haces que sea su mirada horrenda  
Susto de su familia y de su tienda.

Tú, al que otros tiempos acertaba apenas  
A escribir con fatigas una carta,  
Animas á dictar páginas llenas  
De verso y prosa en abundante sarta:  
Político profundo en sus faenas,  
Folletos traza, artículos ensarta,  
Suda y trabaja, y en manchar se emplea  
Resmas para envolver alcarabea.

Otros ¡oh gloria! sin aliento vagan  
Solicitos huyendo acá y allá,  
Suponen clubs, y con recelo indagan  
Cuándo el gobierno á aprisionarlos va:  
A estos si los destierran, los halagan;  
Nadie en ellos pensó ni pensará,  
Y andan ocultos y mudando trajes,  
Creyéndose terribles personajes.

Estos por lo común son buena gente,  
Son á los que llamamos *infelices*,  
Hombres todo entusiasmo y poca mente,  
Que no ven más allá de sus narices:  
Raza que el pecho denodado siente  
Antes que ¡oh fiero mandarín! atices  
Uno de tus legales ramalazos,  
Que les dobla ante el rey los espinazos.

Otros te siguen, engañosa gloria,

Que allá en sus pueblos son pozos de ciencia,  
Que creyéndose dignos de la historia,  
Varones de gobierno y experiencia,  
Ansiosos de alcanzar alta memoria,  
Y abusos corregir con su elocuencia,  
Diputados al fin se hacen nombrar,  
Tontos de buena fé para callar.

Estos viven después desesperados,  
Del ministro además desatendidos,  
En el mundo político ignorados,  
Y del pueblo también desconocidos:  
Andan en la cuestión extraviados,  
Siempre sin tino, torpes los sentidos;  
Dando á saber con pruebas tan acerbas,  
Que pierden fuerzas en mudando yerbas.

A todos, gloria, tu pendón nos guía,  
Y á todos nos excita tu deseo:  
Apellidarse socio ¿quién no ansía  
Y en las listas estar del Ateneo?  
¿Y quién, aficionado á la poesía,  
No asiste á las reuniones del Liceo,  
Do la luz brilla dividida en partes  
De tanto profesor de bellas artes?

Es cierto que allí van también profanos  
En busca de las lindas profesoras,  
Hombres sin duda en su pensar livianos,  
Que de todo hacen burla á todas horas,  
Sin gravedad, de entendimiento vanos,  
Gentes de natural murmuradoras,  
Que se mofaran de Villena mismo (1)  
Envocando los diablos del abismo.

(1) Todo el mundo sabe que el marqués de Villena se hizo picar y encerrar en una redoma para renacer inmortal; tengo para mí que ha de ser fastidioso y dulzón al paladar el picadillo de sabio.



Y yo ¡pobre de mí! sigo tu lumbre,  
También ¡oh gloria! en busca de renombre,  
Tregar ansiando al templo de tu cumbre,  
Donde mi fama al universo asombre:  
Quiero que de tu rayo á la vislumbre  
Brille grabado en mármoles mi nombre,  
Y espero que mi busto adorne un día  
Algún salón, café, ó peluquería.

Ó el lindo tocador de alguna hermosa  
Coronaré en figura de botella,  
Lleno mi hueco vientre de olorosa  
Agua que pula el rostro á la doncella;  
*L'eau véritable* de colonia y rosa  
El rótulo en francés dirá á mi huella:  
Que de su vida al fin tanto blasón  
Ha logrado alcanzar Napoleón.

En tanto ablanda, oh público severo,  
Y muéstrame la cara lisonjera;  
Esto le pido á Dios, y algún dinero,  
Mientras sigo en el mundo mi carrera:  
Y porque fatigarte más no quiero,  
Caro lector, al otro canto espera,  
El cual sin falta seguirá, se entiende  
Si este te gusta y la edición se vende.

## CANTO II<sup>(1)</sup>

### A TERESA

#### DESCANSA EN PAZ

Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!  
Como de Dios al fin obra maestra,  
Por todas partes de delicias lleno,  
De que Dios ama al hombre hermosa muestra;  
Salga la voz alegre de mi seno  
A celebrar esta vivienda nuestra;  
¡Paz á los hombres! ¡gloria en las alturas!  
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(*Maria*, por DON MIGUEL DE LOS SANTOS  
ALVAREZ).

¡Por qué volveis á la memoria mía,  
Tristes recuerdos del placer perdido,  
A aumentar la ansiedad y la agonía  
De este desierto corazón herido?  
¡Ay! que de aquellas horas de alegría,  
Le quedó al corazón sólo un gemido,  
Y el llanto que al dolor los ojos niegan,  
Lágrimas son de hiel que al alma anegan!  
¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas  
De juventud, de amor y de ventura,  
Regaladas de músicas sonoras,

(1) Este canto es un desahogo de mi corazón; sál-  
telo el que no quiera leerlo sin escrúpulo, pues no  
está ligado de manera alguna con el poema.  
(*N. del A.*)



Adornadas de luz y de hermosura?  
Imágenes de oro bullidoras,  
Sus alas de carmín y nieve pura,  
Al sol de mi esperanza desplegando,  
Pasaban ¡ay! á mi alrededor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,  
El sol iluminaba mi alegría,  
El aura susurraba entre las flores,  
El bosque mansamente respondía,  
Las fuentes murmuraban sus amores...  
¡Ilusiones que llora el alma mía!  
¡Oh! ¡cuán suave resonó en mi oído  
El bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entonces cual guerrera nave  
Que el puerto deja por la vez primera,  
Y al soplo de los céfiros suave,  
Orgullosa despliega su bandera,  
Y al mar dejando que á sus piés alabe  
Su triunfo en roncós cantos, va velera,  
Una ola trás otra bramadora  
Hollando y dividiendo vencedora;

¡Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente  
De amor volaba, el sol de la mañana  
Llevaba yo sobre mi tersa frente,  
Y el alma pura de su dicha ufana:  
Dentro de ella el amor cual rica fuente,  
Que entre frescura y arboledas mana,  
Brotaba entonces abundante río  
De ilusiones y dulce desvario.

Yo amaba todo: un noble sentimiento  
Exaltaba mi ánimo, y sentía  
En mi pecho un secreto movimiento,  
De grandes hechos generoso guía:  
La libertad con su inmortal aliento,  
Santa diosa mi espíritu encendía,  
Contino imaginando en mi fé pura

Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente  
Del noble Bruto, la constancia fiera  
Y el arrojo de Scévola valiente,  
La doctrina de Sócrates severa,  
La voz atronadora y elocuente  
Del orador de Atenas, la bandera  
Contra el tirano macedonio alzando,  
Y al espantado pueblo arrebatando.

El valor y la fé de caballero,  
Del trovador el arpa y los cantares,  
Del gótico castillo el altanero  
Antiguo torreón, do sus pesares  
Cantó tal vez con eco lastimero,  
¡Ay! arrancada de sus patrios lares,  
Joven cautiva, al rayo de la luna,  
Lamentando su ausencia y su fortuna;

El dulce anhelo del amor que guarda  
Tal vez inquieto y con mortal recelo,  
La forma bella que cruzó gallarda,  
Allá en la noche, entre el medroso velo;  
La ansiada cita que en llegar se tarda  
Al impaciente y amoroso anhelo,  
La mujer y la voz de su dulzura,  
Que inspira al alma celestial ternura;

A un tiempo mismo en rápida tormenta,  
Mi alma alborotaban de contino,  
Cual las olas que azota con violenta  
Cólera, impetuoso torbellino:  
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta  
En mi voz escuchaba su destino,  
Ya al caballero, al trovador soñaba,  
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,  
Que el alma sólo recogida entiende,  
Un sentimiento misterioso y santo,



Que del barro al espíritu desprende:  
Agreste, vago y solitario encanto,  
Que en inefable amor el alma enciende,  
Volando tras la imagen peregrina  
El corazón de su ilusión divina.

Yo desterrado en extranjera playa,  
Con los ojos extático seguía  
La nave audaz que argentada raya  
Volaba al puerto de la patria mía:  
Yo cuando en Occidente el sol desmaya,  
Solo y perdido en la arboleda umbría,  
Oír pensaba el armonioso acento  
De una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo  
De la mágica luna se colora,  
Del sol poniente al lánguido desmayo,  
Lejos entre las nubes se evapora:  
Sobre las cumbres que florece el mayo,  
Brilla fugaz al despuntar la aurora,  
Cruza tal vez por el bosque umbrío,  
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslizase en el cielo  
Allá en la noche desprendida estrella:  
Si aroma el aire recogió en el suelo,  
Es el aroma que le presta ella.  
Blanca es la nube que en callado vuelo  
Cruza la esfera, y que su planta huella,  
Y en la tarde la mar olas la ofrece  
De plata y de zafir donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,  
Mujer que nada dice á los sentidos,  
Ensueño de suavísima ternura,  
Eco que regaló nuestros oídos:  
De amor la llama generosa y pura,  
Los goces dulces del placer cumplidos,  
Que engalana la rica fantasía,

Goces que el avaro corazón ansía;  
¡Ay! aquella mujer, tan sólo aquella  
Tanto delirio á realizar alcanza,  
Y esa mujer tan cándida y tan bella,  
Es mentida ilusión de la esperanza:  
Es el alma que vivida destella  
Su luz al mundo cuando en él se lanza,  
Y el mundo con su magia y galanura  
Es espejo no más de su hermosura.

Es el amor que al mismo amor adora,  
El que creó las sílfides y ondinas,  
La sacra ninfa que bordando mora  
Debajo de las aguas cristalinas:  
Es el amor que recordando llora  
Las arboledas del Edén divinas,  
Amor de allí arrancado, allí nacido,  
Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!  
¡Sentimiento purísimo! ¡memoria  
Acaso triste de un perdido cielo,  
Quizá esperanza de futura gloria!  
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!  
¡Oh mujer! que en imagen ilusoria  
Tan pura, tan feliz, tan placentera,  
Brindó el amor á mi ilusión primera!...

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,  
¡Ah! ¡dónde estais que no correis á mares!  
¿Por qué, por qué como en mejores días  
No consolais vosotras mis pesares?  
¡Oh! los que no sabeis las agonías  
De un corazón, que penas á millares  
¡Ay! desgarraron, y que ya no llora,  
¡Piedad tened de mi tormento ahora!  
¡Oh! ¡dichosos mil veces! sí, dichosos,  
Los que podeis llorar, y ¡ay! sin ventura  
De mí, que entre suspiros angustiosos,



Ahogarme siento en infernal turtural  
¡Retuércese entre nudos dolorosos  
Mi corazón gimiendo de amargura!...  
También tu corazón hecho pavesa,  
¡Ay! llegó á no llorar ¡pobre Teresa!  
¿Quién pensara jamás, Teresa mía,  
Que fuera eterno manantial de llanto,  
Tanto inocente amor, tanta alegría,  
Tantas delicias, y delirio tanto?  
¿Quién pensara jamás llegase un día,  
En que perdido celestial encanto,  
Y caída la venda de los ojos,  
Cuanto diera placer causara enojos?

Aun parece, Teresa, que te veo  
Aérea como dorada mariposa,  
En sueño delicioso del deseo,  
Sobre tallo gentil temprana rosa,  
Del amor venturoso devaneo,  
Angélica, purísima y dichosa,  
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro  
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aun miro aquellos ojos que robaron  
A los cielos su azul, y las rosadas  
Tintas sobre la nieve, que envidiaron  
Las de Mayo serenas alboradas;  
Y aquellas horas dulces que pasaron  
Tan breves ¡ay! como después lloradas,  
Horas de confianza y de delicias  
De abandono, de amor, y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,  
Y pasaba á la par nuestra ventura;  
Y nunca nuestras ansias las contaban,  
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura:  
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban,  
Llanto tal vez vertiendo de ternura,  
Que nuestro amor y juventud veían,

Y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin... ¡Oh! ¡quién impío  
¡Ay! agostó la flor de tu pureza?  
Tú fuiste un tiempo cristalino río,  
Manantial de purísima limpieza;  
Después torrente de color sombrío,  
Rompiendo entre peñascos y maleza,  
Y estanque en fin de aguas corrompidas,  
Entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caiste despeñado al suelo,  
Astro de la mañana luminoso?  
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo  
A este valle de lágrimas odioso?  
Aun cercaba tu frente el blanco velo  
Del serafín, y en ondas fulgoroso,  
Rayos al mundo tu esplendor vertía  
Y otro cielo el amor te prometía.

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído  
O mujer nada más y lodo inmundo,  
Hermoso sér para llorar nacido,  
O vivir como autómeta en el mundo:  
Sí, que el demonio en el Edén perdido,  
Abrasara con fuego del profundo  
La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego,  
La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente  
Que á fecundar el universo mana,  
Y en la tierra su límpida corriente  
Sus márgenes con flores engalana:  
Mas ¡ay! huid: el corazón ardiente  
Que el agua clara por beber se afana,  
Lágrimas verterá de duelo eterno,  
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no quereis que llegue un día  
En que enredado en retorcidos lazos  
El corazón, con bárbara porfía



Lucheis por arrancároslo á pedazos:  
En que al cielo en histérica agonía  
Frenéticos alceis entrambos brazos,  
Para en vuestra impotencia maldecirle,  
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron;  
Las dulces esperanzas que trajeron,  
Con sus blancos ensueños se llevaron,  
Y el porvenir de oscuridad vistieron:  
Las rosas del amor se marchitaron,  
Las flores en abrojos convirtieron,  
Y de afán tanto y tan soñada gloria,  
Soló quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! ¡al recodarte siento  
Un pesar tan intenso!... embarga impío  
Mi quebrantada voz mi sentimiento,  
Y suspira tu nombre el labio mio:  
Pára allí su carrera el pensamiento,  
Hiela mi corazón punzante frío,  
Ante mis ojos la funesta losa,  
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallastes en la muerte  
Sombra á que descansar en tu camino  
Cuando llegabas mísera á perderte,  
Y era llorar tu único destino:  
Cuando en tu frente la implacable suerte  
Grababa de los réprobos el sino!...  
¡Feliz! la muerte te arrancó del suelo,  
Y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roida de recuerdos de amargura,  
Arido el corazón sin ilusiones,  
La delicada flor de tu hermosura  
Ajaron de dolor los aquilones:  
Sola, y envilecida, y sin ventura,  
Tu corazón secaron las pasiones;  
Tus hijos ¡ay! de tí se avergonzaran,

Y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,  
Tu rostro cadavérico y hundido,  
Único desahogo en tu quebranto,  
El histérico ¡ay! de tu gemido:  
¿Quién, quién pudiera en infortunio tanto  
Envolver tu desdicha en el olvido,  
Disipar tu dolor y recogerte  
En su seno de paz? ¡Sólo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!  
Espíritu indomitable, alma violenta,  
En tí, mezquina sociedad, lanzada  
A romper tus barreras turbulenta;  
Nave contra las rocas quebrantada,  
Allá vaga, á merced de la tormenta,  
En las olas tal vez náufraga tabla,  
Que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere  
Y está en mi corazón; un lastimero  
Tierno quejido que en el alma hiere,  
Eco suave de su amor primero:  
¡Ay! de tu luz en tanto yo viviere  
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,  
Que iluminaste con tu luz querida  
La dorada mañana de mi vida.

Que yo como una flor que en la mañana  
Abre su cáliz al naciente día,  
¡Ay! al amor abrí tu alma temprana,  
Y exalté tu inocente fantasía:  
Yo inocente también: ¡oh! ¡cuán ufana  
Al porvenir mi mente sonreía,  
Y en alas de mi amor con cuánto anhelo  
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,  
En tus brazos en lánguido abandono,  
De glorias y deleites rodeado,



Levantarse para ti soñé yo un trono:  
Y allí tú venturosa y yo á tu lado,  
Vencer del mundo el implacable encono,  
Y en un tiempo sin horas y medida  
Ver como un sueño resbalar la vida.

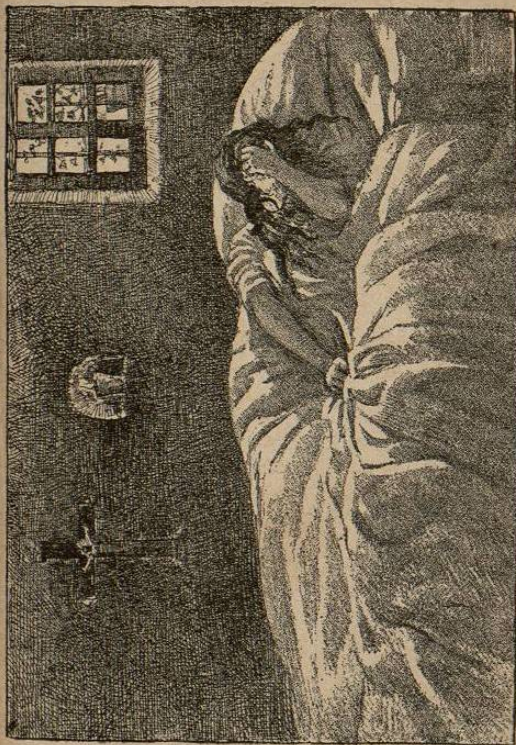
¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos  
Áridos ni una lágrima brotaban,  
Cuando ya su color tus labios rojos  
En cárdenos matices cambiaban:  
Cuando de tu dolor tristes despojos  
La vida y su ilusión te abandonaban  
Y consumía lenta calentura

Tu corazón al par de tu amargura:

Si en tu penosa y última agonía  
Volviste á lo pasado el pensamiento,  
Si comparaste á tu existencia un día  
Tu triste soledad y tu aislamiento;  
Si arrojó á tu dolor tu fantasía  
Tus hijos ¡ay! en tu postrer momento,  
A otra mujer tal vez acariciando,  
Madre tal vez á otra mujer llamando:

Si el cuadro de tus breves glorias viste  
Pasar como fantástica quimera,  
Y si la voz de tu conciencia oíste  
Dentro de tí gritándote severa;  
Si en fin entonces tú llorar quisiste,  
Y no brotó una lágrima siquiera  
Tu seco corazón, y á Dios llamaste,  
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste;

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horrendo!  
¡Espantosa expiación de tu pecado!  
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo,  
Morir el corazón desesperado!  
Tus mismas manos de dolor mordiendo,  
Presente á tu conciencia lo pasado,  
Buscando en vano con los ojos fijos





Y extendiendo tus brazos á tus hijos!!  
¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel!... ¡Ah! yo entre tanto  
Dentro del pecho mi dolor oculto,  
Enjugo de mis párpados el llanto  
Y doy al mundo el exigido culto:  
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,  
Mi propia pena con mi risa insulto,  
Y me divierto en arrancar del pecho  
Mi mismo corazón pedazos hecho.  
Gocemos, si; la cristalina esfera  
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!  
¿Quién á parar alcanza la carrera  
Del mundo hermoso que al placer convida?  
Brilla radiante el sol, la primavera  
Los campos pinta en la estación florida:  
Truéquese en risa mi dolor profundo...  
¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!

### CANTO III

«¡Cuán fugaces los años  
¡Ay! se deslizan, Póstumo!» gritaba  
El lírico latino que sentía  
Cómo el tiempo cruel le envejecía,  
Y el ánimo y las fuerzas le robaba.  
Y es triste á la verdad ver cómo huyen  
Para siempre las horas y con ellas  
Las dulces esperanzas que destruyen  
Sin escuchar jamás nuestras querellas;  
¡Fatalidad! ¡fatalidad impía!  
Pasa la juventud, la vejez viene,  
Y nuestro pié que nunca se detiene  
Recto camina hácia la tumba fría!

Así yo meditaba  
En tanto me afeitaba  
Esta mañana mismo, lamentando  
Como mi negra cabellera riza,  
Seca ya como cálida ceniza,  
Iba por varias partes blanqueando:  
Y un triste adiós mi corazón sentido  
Daba á mi juventud, mientras la historia  
Corría mi memoria  
Del tiempo alegre por mi mal perdido,  
Y un doliente gemido  
Mi dolor tributaba á mis cabellos  
Que canos se teñían,  
Pensando que ya nunca volverían  
Hermosas manos á jugar con ellos.  
¡Malditos treinta años,  
Funesta edad de amargos desengaños!  
Perdonad, hombres graves, mi locura,  
Vosotros los que veis sin amargura  
Como cosa corriente,  
Que siga un año al año antecedente,  
Y nunca os rebelais contra el destino:  
¡Oh! será un desatino,  
Mas yo no me resigno á hallarme viejo  
Al mirarme al espejo,  
Y la razón averiguar quisiera  
Que en este nuestro mundo misterioso  
Sin encontrar reposo  
Nos obliga á viajar de esta manera.  
Y luego las mujeres, todavía  
Son mi dulce manía:  
Ellas la senda de ásperos abrojos  
De la vida suavizan y coloran,  
Y á las mujeres los llorosos ojos  
Y los cabellos blancos no enamoran!  
¡Griegos liceos! ¡Célebres hospicios!



(Exclamaba también Lope de Vega  
Llorando la vejez de su sotana)  
*Que apenas de haber sido dais indicios,*  
Si moriste del tiempo en la refriega  
Y ejemplo sois de la locura humana,  
¡Ah! no es extraño que el que á treinta llega  
Llegue á encontrarse la cabeza canal  
Adiós, amores, juventud, placeres,  
Adiós, vosotras, las de hermosos ojos,  
Hechiceras mujeres,  
Que en vuestros labios rojos  
Brindais amor al alma enamorada;  
Dichoso el que suspira  
Y oye de vuestra boca regalada,  
Siquiera una dulcísima mentira  
En vuestro aliento mágico bañada.  
¡Ah! para siempre adiós: mi pecho llora  
Al deciros adiós: ¡ilusión vana!  
Mi tierno corazón siempre os adora,  
Mas mi cabeza se me vuelve cana.  
Coloraba en Oriente  
El sol resplandeciente  
Los campos de zafir con rayos de oro,  
Y su rico tesoro  
Del faldellin de plata derramaba  
La aurora y esmaltaba  
La esmeralda del prado con mil flores,  
E:rotando aromas y vertiendo amores,  
Y llenaban el mundo de armonía,  
La mar serena y la arboleda umbria,  
Rizando aquella sus lascivas olas,  
Y esta las verdes copas ondeando,  
Coronados de vagas aureolas  
A los rayos del sol que se va alzando.  
Y era el año cuarenta en que yo escribo  
De este siglo que llaman positivo:

Cuando el que viejo fué, por la mañana  
En vez de hallarse la cabeza cana  
Y arrugada frente,  
Se encontró de repente  
Joven al despertar, fuerte y brioso.  
Y el antes fatigoso  
Del triste corazón flaco latido  
En vigoroso golpe convertido,  
Y palpitantes conteniendo apenas  
La hirviente sangre las hinchadas venas;  
Y sintió nueva fuerza en los nervudos  
Músculos antes de calor desnudos,  
Mientras en su agitada fantasía  
Volando con locura el pensamiento,  
En vaga tropa imágenes sin cuento  
De oro y azul el porvenir traía.  
El corazón henchido de esperanza,  
Sin temor de mudanza  
Mecida el alma en el placer futuro,  
El ánimo seguro  
Trás su ilusión lanzándose á la gloria,  
Y libre de recuerdos la memoria,  
Y el alma y todo nuevo,  
Todo esperanzas al feliz mancebo.  
La nube más ligera  
No empañaba la atmósfera siquiera  
De su nuevo atrevido pensamiento;  
Nuevo su sentimiento  
Y pura y nueva su esperanza era:  
A su espalda las aguas del olvido  
Sus antiguos recuerdos se llevaron,  
Y de la vida con raudal crecido  
Correr el limpio manantial dejaron.  
Y era el primer latido  
Que daba el corazón, y era el primero  
Pensamiento ligero



Que formaba la mente, y la primera  
Nacarada ilusión del alma era:  
Sus ojos á mirar no se volvían  
Los recuerdos que huían  
Y el denso velo de la mente oculta,  
Porque muertos habían,  
Muerto ya hasta el recuerdo de su nombre  
Que allá también la eternidad sepulta,  
Y al despertar amaneció otro hombre.  
¿Quién dudará que el nombre es un tormento?  
Todo el tiempo pasado  
Va para siempre atado  
Al nombre que conserva el pensamiento,  
Y trae á la memoria  
Un sólo nombre, una doliente historia.  
Hilo tal vez de la madeja suelto,  
En el nombre va envuelto  
El despecho, el placer, las ilusiones  
De cien generaciones  
Que su historia acabaron  
Y cuyos nombres sólo nos quedaron.  
Clavo de donde cuelgan nuestras vidas  
En mil jirones pálidos rompidas,  
Que traen á la memoria  
Cual rota enseña de pasada gloria:  
Porque el nombre es el hombre  
Y es su primer fatalidad su nombre,  
Y en él se encarna á su existencia unido,  
Y en su inmortal espíritu se infunde,  
Y en su sér se confunde,  
Y arranca su memoria del olvido.  
Y viviendo de ajena y propia vida,  
Alma de los que fueron, desprendida  
Júntanse al alma del que vive y lleva  
Cual parte de su vida en su memoria  
La ajena vida y la pasada historia.

Cuanto diciendo voy se me figura  
Metafísica pura,  
Puro disparatar, y ya no entiendo,  
Lector, te juro, lo que voy diciendo.  
Vuelvo á mi cuento y digo  
Que el viejo nuestro amigo  
Amaneció tan otro y tan ufano,  
Tan orondo y lozano  
Que envidia y gloria dicra  
A un jerónimo antiguo si le viera.  
No hablo de los jerónimos de hoy día,  
Que flacos, macilentos,  
Tal vez recuerdan con la panza fría  
La abundancia y la paz de sus conventos.

Tersa y luciente brilla  
La morena mejilla:  
Los afilados dientes  
Unidos, transparentes,  
Entre sus labios de carmín blanquean,  
Y en negros rizos por su espalda ondean  
Los cabellos de ébano bruñido,  
En tanto que encendido  
Fuego sus negros ojos centellean;  
Y su frente diáfana ilumina  
Su raudo pensamiento,  
Prestando á su semblante movimiento  
Vivido rayo de la luz divina.  
Ancha la espalda, levantando el pecho  
De férreos nervios hecho  
El vigoroso cuerpo, y la belleza  
Junta á la fortaleza:  
Maravillosa máquina formada  
Por ingenio divino  
De siglos mil á resistir lanzada  
El choque y torbellino.